

Historias Acuarianas Para Niños

El Ramo de Hadas por Rowena Greenwood Noyes

Había una vez, en la época en que los países eran gobernados por reyes, un pobre leñador que vivía con su pequeña hija Alicia en una cabaña vieja pero limpia, en medio de un bosque muy espeso.

Todos los días, el buen hombre salía con su hacha apenas los primeros rayos del sol se filtraban entre los altos árboles, para ganarse la vida para él y su hija. Alicia también hacía su parte, porque mientras su padre trabajaba fuera, ella se quedaba en casa, arreglaba la cabaña y cuidaba las flores de su pequeño jardín. Nunca se sentía sola, porque quería mucho a las flores y a menudo les hablaba con cariño. Le parecía que, cuando la brisa jugaba entre ellas, las flores movían sus cabezas como respondiéndole.

Muchas veces, mientras trabajaba en la casa, corría hacia la ventanita desde donde podía ver un magnífico palacio que se alzaba imponente y majestuoso en la cima de una colina alta, a unos kilómetros de distancia. A menudo soñaba con estar dentro de él, pero más a menudo deseaba poder ver una princesita de verdad.

—¡Qué feliz sería si pudiera ver una princesita bebé! —solía decir.

Con solo pensar en ver una, sonreía y luego suspiraba, porque sabía que sus sueños eran en vano. En el palacio no vivía ninguna princesita.

Un día, al atardecer, como había estado muy ocupada y no había tenido tiempo de asomarse a la ventana, por casualidad lanzó una mirada rápida hacia el palacio. Una extraña vista llamó su atención. De cada torre y de cada ventana ondeaba una hermosa bandera de seda.

—Debe ser algo muy maravilloso. El palacio está vestido de fiesta —exclamó Alicia emocionada—. ¡Oh, qué significará? Debo averiguarlo.

Miró al sol. Por dónde brillaba en el cielo, supo que le alcanzaría el tiempo para correr al pequeño pueblo que quedaba entre su casa y el palacio antes de que fuera hora de preparar la cena para su padre.

Rápidamente, sus pies ansiosos corrieron por el sendero del bosque y, en poco tiempo, por el camino principal hasta la entrada del pueblo. Cuando se unió a la multitud en las calles llenas de gente, más vistas maravillosas la recibieron. De cada techo ondeaba una bandera. El dulce y melodioso sonido de instrumentos de cuerda cantando alegremente flotaba en la suave brisa desde muchos jardines, mientras los niños reían y jugaban en las calles. Las calles empedradas estaban llenas de gente vestida con ropas de fiesta que se dirigía hacia el palacio. En sus brazos llevaban paquetes misteriosos, y sus pequeños animales de carga estaban cargados de cofres y joyeros que Alicia sabía que debían contener oro, joyas, perfumes ricos y sedas de tierras lejanas. El tintineo de las campanillas alrededor de sus cuellos se mezclaba musicalmente con las risas de sus dueños.

Tirando suavemente de la manga de uno de los viajeros, preguntó tímidamente:

—Por favor, amable señor, ¿puede decirme qué significa todo esto?

—¿Significa? —preguntó el hombre asombrado—. Niña, ¿acaso no sabes que ha nacido una princesita del rey y la reina en aquel palacio?

Al ver que ella no llevaba ningún regalo, añadió:

—Debes llevarle un regalo. Procura que sea el más valioso que puedas encontrar.

Dicho esto, siguió su camino.

Por un momento, Alicia se quedó como aturdida.

—¡Una princesita! ¡Una princesita! —gritó de alegría—. ¡Así que realmente hay una princesita!

Su corazón se llenó de felicidad, pero al instante se le hundió en el pecho, porque recordó que no tenía ningún regalo rico como el de otras personas para darle a la princesa, ni dinero para comprar uno. Con tristeza, con la cabeza baja, se dio vuelta y caminó lentamente de regreso a casa. Su corazón pesado le dolía, en fuerte contraste con los corazones alegres que acababa de dejar atrás.

El camino se le hizo largo y solitario. Llegó muy cansada a su pequeño jardín. Al entrar por la puerta, levantó la vista hacia el palacio, donde los últimos rayos brillantes del sol poniente iluminaban sus ventanas de muchos colores y sus alegres banderas.

Imaginó en su mente a la pequeña princesita, cómodamente acurrucada bajo sus mantas de seda, mirando desde su cuna real a sus súbditos leales que se arrodillaban ante ella y ponían sus preciosos regalos a sus pies. Un sollozo la ahogó. Cansada, se dejó caer en un banco bajo de madera y apoyó la cabeza cerca de donde las ramas del jazmín rozaban el respaldo del banco, hasta que su dulce perfume calmó sus sentidos preocupados.

No había estado allí mucho tiempo cuando la rosa roja del otro lado del jardín, cerca de un pequeño estanque, movió su cabeza y desplegó sus pétalos. ¿O solo era la brisa moviendo las hojas? Pero allí, lo volvió a hacer. Esta vez Alicia no se equivocó.

Miró a su alrededor. Para su sorpresa, un cambio había ocurrido en el jardín. Había caído la noche y, a través de los altos árboles, una luna plateada esparcía un tenue resplandor brillante. Allí estaban las heliotropos, las rosas, las maravillas y todas las flores que ella conocía tan bien. Pero, ¡oh, qué diferentes se veían! El heliotropo esponjó sus hojas verdes y mostró miles de pequeñas amatistas. Y desde su lecho, las blancas margaritas levantaron sus delicados pétalos, una lluvia de diminutos diamantes. Cerca de la violeta de rayos morados, el jacinto amarillo lanzaba una luz dorada sobre el vestido perlado del lirio de los valles, mientras el intenso resplandor rojo que llenaba el corazón de la rosa roja crecía y crecía hasta que cada pétalo reflejaba el brillo ardiente de un rubí. El pasto debajo irradiaba extrañas luces verdes, cada tallo de esmeralda mecía suavemente como si bailara al son de una música.

De repente, como si hubiera llegado sin que nadie la notara mientras las flores se convertían en joyas, apareció la criatura más encantadora con forma de flor: una pequeña reina hada. Estaba sentada en el más delicado de los tronos de hadas. Sus largos cabellos dorados que se mezclaban con su delicado vestido era una vista tan hermosa que Alicia estaba segura de que nunca la olvidaría. En su cabeza radiante llevaba una corona de flores que brillaba con fuegos de ópalos. En su mano, una varita plateada atrapaba y reflejaba los rayos de la luna.

Con la llegada de su Reina, las flores inclinaron sus cabezas y llenaron la noche con su perfume. Al mismo tiempo, de cada flor salió una pequeña criatura con alas de gasa y cabellos dorados. Sus vestidos, mientras bailaban alrededor, brillaban con piedras preciosas, y la música de sus voces era como el tintineo de campanillas de plata. Bailaban y bailaban en un círculo mágico hasta que la Reina levantó su varita y todas se inclinaron en silencio.

—Vengan, mis hijos —dijo con su voz musical, clara y dulce—. Vengan a mí para que les informe de sus hermosas responsabilidades.

El hada del jacinto dio un paso adelante. La Reina la tocó suavemente en la cabeza y dijo:

—Oh, hija de la dulzura y el encanto, te encargo que guardes siempre tu espíritu de dulce belleza.

Luego, un hada pensamiento, con suaves tonos de zafiro y topacio, inclinó su gentil cabeza ante la reina.

—Recuerda, querida hija —dijo la Reina sonriendo—, que la consideración es una virtud sagrada.

Entonces la pequeña margarita de primavera levantó sus ojos confiados.

—Bebé de las flores —canturreó suavemente la Reina—, conserva siempre tu inocencia.

Luego, la rosa damascena, esplendorosa, bajó su gloriosa cabeza.

—Hermosa flor —alabó entonces la Reina—, mantén tus pétalos siempre nuevos y bellos.

Tímidamente, la violeta se asomó desde debajo de su capa verde esmeralda y bajó lentamente la cabeza.

La reina hada le dio esta responsabilidad con seriedad:

—La modestia es tu encanto. Cuídala bien, porque una vez perdida, se va para siempre.

Después de la violeta, la zarcillo y la flor de la pasión, tomadas de la mano, se arrodillaron ante su reina.

—Ah —suspiró ella—, la constancia y la fe, dos dones preciados, están encomendados a ustedes.

Luego, el lirio blanco como la nieve se inclinó con sencillez y gracia, y la rosa roja oscura se sonrojó a su lado. La Reina las besó suavemente mientras se levantaba y dijo:

—La pureza de pensamiento es un don de Dios, y el amor es su atributo perfecto. Que tú, lirio casto, mantengas tu alma tan pura, y tú, hermosa rosa, mantengas ardiente tu corazón en llamas, para que el mundo vea que la pureza y el amor están por encima de todo lo demás.

Eran tan hermosas mientras inclinaban sus cabezas que la niña en el banco se levantó para tocarlas. Al instante, desaparecieron: las flores de joya, la Reina y su corte. Y Alicia se quedó sola en la luz que se apagaba. Se frotó los ojos, pero el hechizo mágico se había ido. Allí estaban las flores, igual que antes, cuando se había recostado en el banco, con sus colores mezclándose en el anochecer.

Por un momento las miró mecerse con la brisa. Luego, aplaudiendo de alegría, exclamó:

—¡Ya sé lo que haré! ¡He encontrado mi regalo para la princesa!

Dicho esto, fue de flor en flor y pensó: "¿Cuál debo elegir?"

Olió un jacinto y murmuró: "Belleza sublime". El pensamiento le devolvió la mirada pensativamente. La inocente margarita y la modesta violeta asintieron tímidamente. Un tesoro de rara belleza la esperaba cuando la rosa damascena desplegó sus hermosos pétalos rosados y se meció con gracia en la brisa. La flor de la pasión y la zarcillo entrelazaron sus largos tallos y, al verlas así, dijo Alicia:

—Recuerdo: "Constancia y fe, dos dones preciados".

Siguió adelante y llegó al pequeño estanque. Allí, en su blancura nívea, yacía el lirio inmaculado. Inclínándose sobre él desde la orilla del agua, la rosa sonrojada movió su cabeza.

Juntando las manos con temor y reverencia, susurró suavemente:

—"Pureza y amor". En todo el mundo, no conozco mejor regalo. Tomaré estos.

Se agachó a recogerlos. Mientras lo hacía, la fragancia de todas las demás flores pareció llegar a ella, como si las flores la estuvieran llamando. Fue entonces cuando supo que todas las flores eran necesarias para hacer un regalo perfecto. Cuidadosamente, fue de flor en flor tomando de cada una su más delicada flor.

A la mañana siguiente, entre la alegre multitud que llenaba los salones del palacio, nadie llevaba un corazón más feliz ni más humilde que la niña de la cabaña del bosque. Arrodillándose ante la cuna de la pequeña princesita real, ofreció tímidamente su regalo.

Una ola de risas recorrió la multitud ricamente vestida, pero el rey sabio y bueno las silenció.

Tomó el variado ramo y lo contempló larga y pensativamente. Allí estaban los pensamientos, los jacintos, las margaritas y todas sus hermosas hermanas, pero coronándolos a todos, en el corazón mismo, estaban los símbolos del amor y la pureza. Ni una sola flor con su preciado significado había pasado desapercibida para él.

Sonriendo con seriedad, miró hacia abajo, hacia Alicia.

—Querida niña —dijo—, tú, más que nadie, le has dado a tu princesa el regalo más preciado, porque todo el oro de mi reino no podría comprarlo. Es un ramo de hadas. Y, como el más feliz de los reyes, beso la mano que lo trajo.

Dicho esto, inclinó su cabeza real y, levantando la mano de ella hacia sus labios, la besó. Eso no fue todo, porque para asombro de sus súbditos, levantó a Su Alteza Real, la princesita bebé, y la colocó cuidadosamente en los brazos de Alicia.

Alicia, por fin su sueño cumplido, contempló feliz a una princesita de verdad, mientras las flores en la manta de seda movían sus cabezas y llenaban la habitación con su fragancia.